

## Reseña

### **Christian Zlolniski (2019). Made in Baja. The lives of Farmworkers and Growers behind Mexico's Transnational Agricultural Boom**

University of California Press (256 págs.)

**Julia Soul**

*CEIL-CONICET, Argentina*

mjsoul@gmail.com

En *Made in Baja (...)* Christian Zlolniski se propone describir y analizar *las consecuencias ecológicas, sociales, políticas y humanas de la agricultura de exportación a través del estudio etnográfico de productores de productos frescos y trabajadores agrícolas del Valle de San Quintín, quienes producen para mercados de consumo de Estados Unidos* (p 3).<sup>1</sup> Los principales argumentos del libro se estructuran en diálogo con los estudios sobre los regímenes de producción agrícola globalizados. Sostiene nuestro autor que estos regímenes se basan en la externalización de costos ecológicos y sociales por parte de las corporaciones transnacionales y que el análisis de las vidas de los trabajadores agrícolas en tanto trabajadores y en tanto “habitantes de las colonias” permite dimensionar las transformaciones que el régimen de agricultura de exportación significó en términos de clase. Se trata de una tarea importante, que el autor despliega con mucha solvencia etnográfica a lo largo de siete capítulos, una serie de conclusiones y un apéndice de recomendaciones políticas.

Es así como en los primeros cuatro capítulos Christian Zlolniski expone exhaustivamente el modo en que la estructura productiva del Valle de San Quintín fue adquiriendo su fisonomía actual, y los principales actores que se van configurando. La línea de análisis que vertebra la descripción es la del

---

1 Las traducciones de las citas textuales del libro son propias. JS

proceso histórico mediante el cual una región relativamente aislada y árida se convirtió, tras varios intentos de poblamiento fallidos, en una zona privilegiada para la producción frutihortícola de exportación de carácter transnacional. Los tres últimos capítulos se refieren a las prácticas de los trabajadores: los diferentes escenarios en que las resistencias y contestaciones se fueron estructurando; el lento y contradictorio proceso de asentamiento y de construcción de comunidad en las colonias y la imbricación entre las reivindicaciones y las luchas laborales y comunitarias introducen al lector en un entramado de relaciones, organizaciones, luchas y disputas en las que resuenan confrontaciones históricas del campesinado y los pueblos indígenas mexicanos.

La aproximación multidimensional que propone nuestro autor encuentra una de sus aristas en la exposición sistemática de las innovaciones tecnológicas que, bajo la forma de inversiones en capital fijo por parte de corporaciones cada vez más concentradas de origen principalmente estadounidense, permiten superar los límites impuestos por un ecosistema árido, poco lluvioso y con fuentes de agua dispersas. El conjunto tecnológico más reciente está constituido por la dupla de plantas de desalinización -para asegurar la provisión de agua- e invernaderos -para optimizar su aprovechamiento, con tecnología de riego y control de la humedad y temperatura. Su implementación permitió superar los límites que enfrentaba el sistema productivo previo (basado en el cultivo de altos volúmenes de producto en grandes extensiones al aire libre) posibilitando la reorganización de la producción con volúmenes más bajos y estandarizados y mayores controles de calidad -especialmente en lo que hace a la apariencia estética de los productos - de acuerdo con regulaciones y normativas vigentes en los mercados consumidores (p 45). Zolniski apunta que las transformaciones espaciales y ecológicas sustentan la emergencia de un *tecnopaisaje* (*technoscape*) como evidencia de la capacidad de las corporaciones para intervenir en la “superación” tecnológica de los límites ecológicos. Sin embargo, en el capítulo 7 reaparece la noción del paisaje para dar cuenta del contradictorio despliegue de la “solución tecnológica” que dividió al Valle y sus paisajes y habitantes en dos polos opuestos. El *waterscape* (paisaje de agua) construido en torno a las plantas desalinizadoras y la provisión constante, programada y cuidadosamente medida de agua a los cultivos en los invernaderos contrasta fuertemente con el *aridscape* (paisaje árido) que comprende las colonias rurales, núcleos de viviendas de las familias de los trabajadores rurales que se fueron formando en zonas cercanas a los campos de cultivo, cuando los antiguos “migrantes estacionales” comenzaron a establecerse en la región.

Zlolniski argumenta que el *aridscape* es resultado del despojo que las mismas empresas producen en su avance predatorio sobre las fuentes de agua para reproducir y prolongar el *waterscape*. En ese sentido, *waterscapes* y *aridscapes* son las *dos caras del mismo régimen de producción* (p 209). Ese despojo se ve profundizado y legitimado por un conjunto de políticas estatales que reificando el carácter “escaso” del agua en el Valle, subsidian el uso de las empresas mientras mercantilizan el consumo de las familias trabajadoras. Los funcionarios aducen que con la mercantilización, promueven un uso “responsable” del recurso por parte de los habitantes, prolongando el dispositivo neoliberal de individualizar responsabilidades entre los trabajadores rurales devenidos “clientes”.

Los paisajes que nuestro autor reconstruye en el inicio y en el final del recorrido condensan una densa red de relaciones sociales que se despliegan entre lo local y global, entre las transformaciones y las continuidades históricas, entre la explotación y la resistencia. Los paisajes se presentan así como una postal que nos invita a recuperar un nuevo capítulo de lucha y resistencia de los trabajadores agrícolas mexicanos. Aunque los focos del texto son variados, uno de los que más nos interpela es aquel que subraya la emergencia de *una nueva clase de trabajadores agrícolas transnacionales, entrenados en las competencias laborales y requerimientos de la agricultura capitalista moderna* (p 211), como el mismo autor concluye su investigación. En este registro, continuaremos la exposición del contenido del libro.

El segundo capítulo se centra en los cultivadores/productores. Nuestro autor reconstruye un complejo entramado de productores locales, empresas estadounidenses e intermediarios comerciales abocados a la producción de frutos rojos, tomates y otros productos frutihortícolas y a su distribución en los mercados de consumo estadounidenses. Antiguos productores familiares actualmente asociados como proveedores a empresas transnacionales; productores familiares que persisten en mantenerse independientes y se embarcan en trabajosos tratos con intermediarios comerciales; grandes corporaciones transnacionales como actores dominantes desde finales de la década de 1990. A lo largo del capítulo, el desembarco de las grandes empresas transnacionales y las transformaciones en los mercados de consumo se van delimitando como las dos grandes fuerzas que traccionan, condicionan y contribuyen a configurar las prácticas y los sentidos en torno “del negocio” por parte de los consumidores/productores locales. Emergen construcciones culturales y dinámicas identitarias ligadas con expectativas de movilidad social, saberes profesionales y familiares que pugnan por desplegarse en un contexto

de fuerte presión competitiva por parte de las grandes empresas y de las condiciones impuestas por los mercados consumidores – mayormente concentrados en Estados Unidos. El autor registra las tensiones y relaciones entre los diferentes capitales y actores a través de la descripción detallada de sus estrategias productivas y de reclutamiento y control de la fuerza de trabajo. En las Conclusiones, Zlolniski caracterizará al régimen productivo como de *agro maquila*, haciendo referencia a la imbricación entre los mercados internacionales y los regímenes productivos que constriñen las decisiones de los “Productores Independientes” a la administración y el disciplinamiento de la fuerza de trabajo (p 209). Más allá de su heterogeneidad todos los cultivadores/productores dependen de un régimen laboral que hace del reclutamiento interregional –específicamente de trabajadores provenientes de diferentes grupos étnicos como mixtecos, zapotecos, triquis y otros– su principal fuente de fuerza de trabajo. Si en el régimen productivo previo, la demanda de fuerza de trabajo estacional estaba marcada por la época de la cosecha; en los tiempos de tecnopaisajes la demanda de fuerza de trabajo así como la producción tiende a ser más estable a lo largo del año – no obstante la persistencia de contingentes estacionales en algunos sectores. Zlolniski detalla los diversos dispositivos legales y los procesos socioculturales mediante los cuales los y las trabajadores agrícolas son continuamente reproducidos como *trabajadores temporarios* e informales (no registrados en la seguridad social y sin derechos laborales). El autor vincula las formas de reclutamiento, la categorización de los trabajadores como temporarios y las prácticas de control y vigilancia con el racismo y el nativismo constitutivos de la matriz cultural mexicana, configurada históricamente en torno a dichos contenidos y en cuyo seno se estructuran los procesos de subalternización cultural (p 79), incluso en el contexto de las empresas transnacionales que reproducen el objetivo de generar “una nueva cultura del trabajo”, propio de las políticas manageriales que datan de las décadas de los 80 – 90 (p 55).

El tercer capítulo profundiza las modalidades de reclutamiento de la fuerza de trabajo: cuadrillas y mayordomos, contratistas privados, agencias de empleo son los principales actores que participan de la intermediación laboral en el Valle de San Quintín. Las prácticas de reclutamiento de los *mayordomos* en las colonias los configuran como actores particulares en el sistema productivo: el espacio de la intermediación es a la vez el espacio del crecimiento de ese conjunto de trabajadores que, encargados de tareas de control y vigilancia en el campo, suman las de reclutamiento y suministro de fuerza de trabajo (p 88). Esta modalidad de reclutamiento se desenvuelve desde redes de parentesco, vecindad, confianza y reciprocidad estructuradas a partir de las relaciones

localizadas en las *colonias*, núcleos de asentamiento y vivienda de los trabajadores agrícolas ubicados en las cercanías de los campos y los establecimientos de cultivo – y escenarios de luchas y reivindicaciones por parte de sus habitantes. En este capítulo comienzan a delinearse los contornos de un mercado de trabajo transnacional, estructurado estacionalmente entre México y Estados Unidos por medio de programas estatales de migración controlada (p 99). A su vez, mediante estos programas y sus requisitos, las empresas agroindustriales y frutihortícolas profundizan la homogeneización de las habilidades y calificaciones de la fuerza de trabajo que serán valorizadas en los procesos productivos puntuales, generando una serie de ocupaciones y tareas especializadas, que diversifican y flexibilizan el uso de la fuerza de trabajo.

En el cuarto capítulo, el autor nos introduce en la cotidianidad laboral: sistemas de control y vigilancia directos –encarnados por los mayordomos– se combinan con la “trazabilidad” de los productos, y permiten a las empresas saber quién seleccionó el contenido de cada caja de frutas a partir de códigos escaneables. Los riesgos asociados a la manipulación de pesticidas y venenos o a las altas temperaturas en los invernaderos pretenden ser conjurados por medio de la normalización de prácticas de manipulación certificadas, junto con estrictas normativas de higiene y seguridad relativas a la vestimenta y la manipulación de la fruta. El dilema que se presenta a los y las trabajadores entre el pago diario o a destajo se ve exacerbado por la imposición de bases imposibles de cumplir, por la suma de tareas de selección y empaque a las de recolección, por la necesidad de desarrollar otras habilidades para realizar las tareas. Zlolsniski recupera, a partir de las diferencias entre los productores locales y las empresas transnacionales, el modo silencioso y molecular mediante el que se despliega la histórica disputa por el tiempo de trabajo entre patrones y trabajadores (p 125). El vívido relato de las ansiedades cotidianas por las que atraviesan los jornaleros agrícolas en San Quintín permite al autor analizar el surgimiento de una nueva cultura del trabajo fundada en la noción de *calidad*, cuyo principal vector son las políticas empresarias tendientes a trasponer el conocimiento técnico (objetivado en manuales y protocolos) en prácticas cotidianas y naturalizadas que trascienden el ámbito laboral. La matriz racista y nativista es el sustento de políticas empresarias tendientes a “disciplinar” a los jornaleros y jornaleras en las jornadas establecidas o en las prácticas de higiene y limpieza cuidadosamente escrutadas.

En el quinto capítulo, después de la exposición detallada de la dinámica de la explotación de la fuerza de trabajo, se abren las puertas de las resistencias. El

lector puede conocer a los líderes y lideresas y sus historias de vida; la multiplicidad de prácticas y organizaciones que los trabajadores agrícolas han forjado históricamente para contestar y reivindicar mejores condiciones de trabajo y de vida. Zlolniski sistematiza las prácticas de resistencia a partir de tres categorías: las estructuradas en el espacio y en el tiempo de trabajo (paros y *plantones*); las que se configuran en torno de reclamos judiciales –más que frecuentes frente a empresas que tienden a incumplir la legislación laboral– y aquellas que denomina “resistencia silenciosa”, consistentes en el abandono paulatino o repentino del trabajo en el sector para volcarse a otras actividades económicas. En cuanto a las organizaciones, Zlolniski registra el rol de los llamados “sindicatos blancos” y de los contratos de protección<sup>2</sup> en contraposición con las organizaciones sindicales independientes. Adicionalmente, nuestro autor registra el rol de organizaciones que se expresan mediante las figuras de *líderes* y articulan a los trabajadores agrícolas en formaciones *pan-étnicas* y *transnacionales* –en ambos lados de la frontera mexicano-estadounidense. Finalmente, mediante el relato de una gran huelga en 2015, el autor pone en evidencia los vínculos internos y sostenidos en el tiempo entre las prácticas de resistencia que podríamos llamar “moleculares” y aquellas prácticas de resistencia abierta que ponen al colectivo de trabajadores agrícolas en confrontación directa con las empresas. Zlolniski detecta una amplia red interétnica de apoyo a la huelga en las comunidades, así como procesos de “adaptación” de instituciones políticas y religiosas propias de los contextos culturales de origen en la organización de sindicatos independientes.

En el capítulo seis, el autor se centra en el proceso de *settlement* (asentamiento en las *colonias*, núcleos residenciales permanentes) desde la perspectiva de un proceso *social y político mediante el cual los trabajadores agrícolas reterritorializan estas áridas extensiones exitosamente, allí donde tantos intentos de poblar la zona han fracasado* (p 155). El proceso de asentamiento está directamente vinculado con la estabilización de la fuerza de trabajo que provocó el nuevo régimen de cultivo en invernaderos. Nuestro autor registra minuciosamente el entramado de prácticas que constituyen el proceso de reproducción social de un conjunto de trabajadores que lidian históricamente con salarios extremadamente bajos y con la desprotección social. Los lectores encontramos redes de ayuda mutua, producción doméstica de alimentos

---

2 Convenios colectivos que mantienen deliberadamente bajos los salarios y beneficios, negociados sin conocimiento de los trabajadores implicados en ellos. Son un elemento común en el sistema de relaciones laborales mexicano, denunciado a su vez por las Federaciones Sindicales Globales ante la OIT.

(cultivo de huertas, crianza de animales), y otras prácticas que dan forma a la vida cotidiana en las colonias mediante lo que el autor conceptualiza como *construcción del lugar* (*place making*). Las organizaciones locales de gestión de programas estatales de ayuda a familias pobres tienen un rol preponderante en la producción *generizada* del entramado comunitario, toda vez que tales programas requieren de la movilización de trabajo particularmente femenino en su desarrollo. A su vez, describe el tándem migración/asentamiento como una nueva dinámica que las familias trabajadoras de los enclaves exportadores despliegan para garantizar su reproducción. El sustrato *migrante* de la fuerza de trabajo –reproducido legalmente por los empresarios como *temporario* para eludir derechos– se reproduce en el nuevo lugar de asentamiento. Emergen en este capítulo circuitos migratorios estructurados a escala transnacional – mediante programas de migración controlada en los últimos años– y circuitos interregionales. Mientras los primeros suponen un cuidadoso proceso de selección y permiten a quienes los integran generar ingresos para mejorar las condiciones de reproducción familiares (arreglo y ampliación de viviendas, escolarización de los hijos en el nivel medio y superior, etc); los circuitos intrarregionales no necesariamente implican alguna mejoría o perspectiva de ahorro para los trabajadores, sino la posibilidad de no dejar de percibir ingresos cuando el trabajo en Baja California disminuye. El autor avanza sobre la configuración de un régimen de trabajo “cautivo”, que se expande en espacios de producción “satélite”, aislados de centros urbanos, de la fiscalización estatal y de la actividad sindical. En estos sitios, las condiciones de los trabajadores agrícolas empeoran aún más con la vigilancia directa de los campamentos por parte de guardias armados y la confrontación física de las demandas colectivas.

Las conclusiones del texto incorporan debates teóricos de larga data, inscribiendo a *Made in Baja...* en diferentes vertientes de investigación sobre las clases trabajadoras latinoamericanas y sobre los regímenes laborales en la era de la globalización. En relación con las transformaciones en y de la clase trabajadora, nuestro autor concluye que “*es claro que el asentamiento [en las colonias] ha consolidado la transición de trabajadores-campesinos migrantes hacia trabajadores asalariados empleados todo el año en la agricultura comercial*” (p 211). Esta conclusión es de singular importancia, máxime cuando a lo largo del libro, el autor registra y analiza la importante diversidad de situaciones y relaciones que movilizan al trabajo en San Quintín. Sostiene la existencia de una formación social híbrida que combina elementos de semi-proletarización con un bagaje de prácticas y características socioculturales vinculadas con el campesinado.

*Made in Baja...* puede entramarse en una doble vertiente de estudios sobre las clases trabajadoras mexicanas. De una parte en clave histórica, ya que la temática de los trabajadores en la agricultura de exportación ha constituido un objeto de investigación fundamental en Latinoamérica. En efecto, Santana Cardoso (1979) registra las reformas liberales de la segunda mitad del siglo XIX como un movimiento de desposesión implementado por el naciente estado mexicano. Al asumir este movimiento como fundante del capitalismo, es posible ubicar a los ciclos de desposesión y reapropiación de la tierra (y los medios de subsistencia) por parte de las masas campesinas indígenas como un proceso que atraviesa la formación de las clases trabajadoras en ese país. En este vaivén, y respondiendo a multiplicidad de factores, se desplegó una variedad de formas de subordinación del trabajo de los desposeídos que incluye –pero no se agota en– la forma asalariada. Al registrar los desarrollos contemporáneos, Zolniski recupera el conjunto de actividades de reproducción que trascienden el intercambio del salario por bienes de subsistencia, conceptualizándolo como *prácticas de subsistencia de tipo campesino* que permiten construir sentidos de autonomía y dignidad más allá del trabajo asalariado (p 216). El trabajo clásico de F Katz (1980) da cuenta de la variedad de formas de *peonaje* en las haciendas mexicanas de principios del siglo XX y registra algunas de esas prácticas de subsistencia como parte de los arreglos con los hacendados (por ejemplo, la disposición de tierras para uso propio). La persistencia de estas prácticas en momentos diversos de la agricultura de exportación posibilita trazar un puente de largo plazo entre los diversos *peonajes* en los que hunden sus raíces las masas de trabajadores “temporarios” y migrantes. El hecho de que las actuales políticas empresarias y estatales reproduzcan esta condición jurídica les permite sostener condiciones de contratación y empleo en las que el salario no es la única fuente de ingresos y medios de subsistencia de los trabajadores, aunque tomaría mayor predominancia en la agricultura globalizada (p 216).

La lucha por la tierra en el marco de la Revolución Mexicana se resolvió en un prolongado proceso de Reforma Agraria que combinó acciones “desde abajo” con políticas centralizadas “desde arriba”. Durante más de dos décadas, “el reparto” de tierras a los campesinos tomó la forma de propiedad ejidal (colectiva), lo que significó una significativa mejoría en las condiciones de reproducción –mediante la reunión de los productores directos con sus condiciones de producción– de muchos trabajadores rurales, como muestran los balances clásicos del período (Knight: 2015). El proceso revolucionario determinó características particulares de los procesos de proletarianización de la fuerza de trabajo mexicana, contestando cualquier intento de establecerlos

como tendencias lineales y unívocas. En todo caso, el movimiento revolucionario estabilizó unas formas de movilización del trabajo social en la agricultura que las políticas agrarias neoliberales, Tratado de Libre Comercio de América del Norte mediante, vinieron a desestructurar, como bien analiza Christian Zolniski. Podríamos categorizar este proceso como un nuevo paso en el ciclo de desposesión y separación de los productores directos de sus medios de subsistencia, que se despliega con particularidades y especificidades regionales y sectoriales, reproduciendo y prolongando formas de consumo productivo de la fuerza de trabajo en la agricultura de exportación que atravesaron todo el siglo XX. De esta forma, en el proceso que registra *Made in Baja...* entre la configuración de las colonias y los circuitos migratorios, se va configurando la condición de *libres* -de vender su fuerza de trabajo- de los trabajadores agrícolas de Baja California, con las empresas transnacionales externalizando costos de reproducción.

En otra dimensión relativa a la indagación de las relaciones entre organización de los procesos de trabajo, resistencias y procesos de lucha contemporáneas, nuestro autor registra minuciosamente el despliegue de estrategias de control y disciplinamiento que reproducen sentidos idénticos a los registrados para la clase obrera manufacturera. En este respecto, resultan elocuentes los paralelismos que pueden trazarse con tendencias observadas en ámbitos fabriles, entre los que simplemente mencionamos la centralidad que adquiere el discurso empresario de “nueva cultura del trabajo” como vehículo de producción de prácticas determinadas y de la *calidad* como objeto que vehiculiza el control sobre los trabajadores, la emergencia de nuevas tareas especializadas en función de la incorporación de tecnologías, la “horizontalización” del conflicto y la responsabilidad entre los miembros de las cuadrillas mediante la “filosofía” del “cliente-proveedor interno” entre otros dispositivos (Figari et al: 2017; Soul: 2015). *Made in Baja...* es también una excelente descripción del modo en que el trabajo vivo se objetiva en capital fijo (los *tecnoscapes*) y se despliega en estrategias de control que vehiculizan los sentidos, responsabilidades y demandas por parte de las gerencias hacia los trabajadores, trazando una línea de continuidad entre las experiencias de los trabajadores de la agricultura de exportación y las de los obreros industriales pos-reconversión productiva de la década de 1990. Se abre entonces la posibilidad interrogar el devenir de procesos más generales a partir de la identificación de estos elementos comunes en la experiencia de los y las trabajadores. Procesos que, claro está, lejos de anular especificidades históricas y culturales, las entran en nuevos regímenes laborales fundados en la transformación tecnológica. En las Conclusiones, nuestro autor recupera la

noción de *fábricas en el campo* (p 208) para conceptualizar la nueva configuración de la producción hortícola. La pregunta acerca del modo en que se despliegan estas tendencias en los sectores específicos habilita una potente hipótesis para analizar las posibles convergencias en la experiencia productiva de los y las trabajadores de diversos sectores de actividad.

Finalmente, el texto se adentra en dos tópicos de índole teórica que interpelan a los estudios focalizados en las clases trabajadoras. Por una parte, la conceptualización de las prácticas de resistencia y sus implicancias se inscribe en un amplio debate sobre los vínculos internos entre las prácticas de resistencia moleculares y cotidianas; y las abiertas y organizadas. Para Zlolniski, la condición de posibilidad de la gran huelga de 2015 estuvo dada por el desarrollo de un sustrato de demandas clasistas, que subordinó las particulares identidades étnicas a las comunes demandas de salarios, condiciones de trabajo y de vida. Además de los lugares de trabajo, las *colonias* como espacios de residencia étnicamente diversos –a diferencia de los campamentos característicos de las décadas de 1980 y 1990– resultaron espacios en que se forjaron esos lazos en clave clasista (p 146, 215). La interpretación de estos desarrollos remite a un segundo tópico teórico: el que se plantea en torno de las articulaciones entre las categorías étnicas, de género y de clase en la configuración de los sujetos políticos contendientes. En este proceso nuestro autor registra, por una parte, la subordinación de identificaciones étnicas a las clasistas pero también, en la escala transnacional, la construcción de organizaciones pan-étnicas como vehículos de demandas clasistas. La lectura sugiere una pérdida relativa de la importancia de las identificaciones étnicas en San Quintín, al tiempo que se configura una suerte de identidad indígena (pan-étnica) en la confrontación con las empresas en Estados Unidos. Lo que resulta relevante, a nuestro juicio, es la progresiva articulación de demandas salariales y comunitarias en el proceso de formación de este sector de la clase trabajadora mexicana.

En síntesis, el libro describe magistralmente los procesos mediante los cuales las fuerzas sociales que expresan la restructuración capitalista en la región moldean la vida cotidiana de jornaleros y cultivadores, generando relaciones de subsunción del trabajo y de resistencia y no subordinación que se despliegan a través de todos los momentos de la reproducción social. Este movimiento general, así como su estructuración como parte de mercados transnacionales de trabajo y de consumo, o de circuitos migratorios transregionales y tranfronterizos, es objeto de un minucioso análisis etnográfico por parte del autor. De este modo, *Made in Baja* se convierte en un eslabón fundamental en

la producción antropológica contemporánea sobre los y las trabajadores latinoamericanos y sobre los procesos de resistencia y lucha mediante los cuales se van forjando los antagonismos sociales.